

AÑO XIV, SERIE II, n.º 59
1926, Jun

REVISTA DE CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Ing. F. Pedro Marotta
Por la Facultad

Adelino Galeotti
Por el Centro de Estudiantes

Enrique Julio Ferrarazzo
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

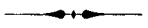
Dr. Guillermo Garbarini Islas
Dr. Juan Aguirre
Por la Facultad

Por los Graduados

Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

FIGURAS DE AMÉRICA

José León Suárez

Hace poco más de quince días, el profesor de la Universidad Nacional de Buenos Aires, doctor José León Suárez, dió en la de Valladolid y en la Sección de Estudios Americanistas una conferencia sobre tema tan atrayente como el de « El iberoamericanismo como una conveniencia internacional para los países hispano-americanos ». De este suceso dieron breve y lacónica noticia, en escueta reseña, los diarios de la corte.

La personalidad del conferenciante, sus excepcionales prestigios, sus altísimas condiciones morales, su autoridad profesional, la generosidad de todos sus empeños docentes, la grandeza ideal de sus concepciones y teorías en los problemas histórico-internacionales, el asunto que estudió, los ecos que hasta nosotros llegaron del triunfo inmenso que obtuvo en la Universidad de Valladolid el gran pensador porteño, fueron acicates para que nuestro espíritu se decidiese a indagar hasta conocer plenamente lo que había sido la labor del gran maestro argentino.

Noticiosos de cuál fué su tarea, es acto de justicia divulgarla y comentarla. Más de una vez hemos señalado el doloroso espectáculo que ofrece la conducta y el proceder insólito, tan peligroso como lamentable, de los que aquí, en nuestro terruño, se dedican a preparar acogidas férvidas, recepciones fastuosas, a los hombres que llegan de América. Ni averiguan quiénes son, ni cuál es su historia, ni cuáles sus titulares. Con una ligereza que causa dolor y produce profunda pena, sucede con frecuencia que en España se ensalzan y se consagran, como figuras dignas de singular estimación, hombres vulgares, espíritus ramplones o tipos audaces y desaprensivos que

en sus países no merecen el más insignificante aprecio. Y en alguna ocasión se llegó hasta la terrible insensatez de colmar de honores, sin regatearle ninguno, ni los prodigados por las más altas representaciones oficiales, a sujetos que todos sus merecimientos consistían en haber sostenido campañas de descrédito y hasta de difamación contra nuestro país.

En no remotas fechas, con gran amargura, venciendo inclinaciones y luchando contra sentimientos muy arraigados en nuestro espíritu, nos vimos compelidos a tratar públicamente de estos casos para evitar la vergüenza de que enemigos declarados de España, que habían esgrimido sin el menor escrúpulo la injuria contra nosotros en tierras transatlánticas, no llegasen a tener aquí la acogida que se les preparaba. Y para colocarnos en esta postura no escuchamos las voces de la pasión rencorosa, que somos de los que creemos que la venganza es el placer de los dioses, el perdón es el más alto destello de las perfecciones divinas. Eran sentimientos de justicia y de dignidad los que nos impulsaban en nuestros empeños justicieros.

Cuando las coyunturas se nos brindan propicias para elogiar a los hombres de América, afanosos las aprovechamos, acudiendo solícitos a rendirles el tributo de admiración, de respeto, de gratitud. Tal es el caso de José León Suárez.

Si España tiene que guardar en su conciencia, conservar en su corazón y atesorar en su memoria estimaciones, reconocimientos, gratitudes y admiraciones para alguna de las grandes figuras contemporáneas de América, entre ellas en lugar preferente y en sitio de honor habrá de colocar siempre la de José León Suárez, este maestro, bueno y sabio, generoso, romántico, idealista, espíritu liberalísimo, cuyas altas condiciones morales, que forman digno maridaje con sus eminentes dotes intelectuales, puestas a tributo del buen nombre y del honor histórico de nuestro país, nos han prestado servicios inestimables.

Todo el movimiento independizador de América favoreció, en determinados momentos del pasado siglo, aquella falsa leyenda que se hizo en torno de nuestra historia colonial. Al amparo de las pasiones que engendró la lucha entre España y sus colonias, cuando éstas batallaban por el santo derecho de su libertad y de su independencia, desde la República Argentina hasta Méjico, brotó una corriente antiespañola.

Era inevitable que al sentir palpitar en su alma ciertos espíritus las ansias libertadoras que habían de producir, lustros después, las guerras de la independencia, se presentasen acompañadas de senti-

mientos de repulsa hacia la metrópoli. Así, el lenguaje de los Nariño y Miranda tenía que ser hiriente para España. De igual modo, no era posible que un Bolívar o un Morelos, cuando empuñan las armas contra España y organizan las huestes libertadoras se produjeran en otro lenguaje que el usado en toda contienda en que se van a poner en juego la vida y la libertad.

Los precursores y los caudillos de la libertad, de los pueblos de Hispanoamérica, unos para difundir sus ideas, los otros para levantar sus ejércitos, tenían que hacerlo contra España. Lograda la independencia, en todo el Nuevo Continente se insinuó una corriente hostil y adversa no sólo a España, sino a su Historia, a su obra, a su espíritu. Esta tendencia, que fomentan Sarmiento, Frías, Miguel de la Barra, Lastarria, Simón Rodríguez tiene la expresión más acusada en el « Evangelio americano », de Francisco Bilbao, y llegó a coagular en la terrible expresión : « Despañolizar el Continente es hacerlo justo y culto ».

Tal doctrina había hecho escuela y tenía hondas raíces en América. Poco a poco fueron declinando estos fulgores de una pasión adversa a la madre patria : en todo el Nuevo Mundo se inició una reacción favorable a España. En el campo de las letras la expresión más viril y más fuerte de este nuevo espíritu está simbolizada por José León Suárez. Su opúsculo *Carácter de la revolución americana*, fecundo vivero de ideas y de sentimientos reivindicadores para España, centra y define la independencia de Hispanoamérica como una empresa política revolucionaria, que se emancipa del absolutismo fernandino, no de España. La independencia de América, afirmaba con tenaz perseverancia el apóstol Labra, « fué una guerra civil ». Suárez coincide plenamente con Labra.

Pero el esfuerzo admirable del gran profesor argentino toma ahora otras orientaciones. Hablando con más propiedad, diríamos que hoy plasma en normas nuevas. Su conferencia de Valladolid — que es para nosotros la más preciada consagración de ideas y doctrinas que modestamente y en pleno aislamiento veníamos exponiendo desde 1909 — el día que sea publicada, será el libro santo del iberoamericanismo.

A modo de índice reproduciremos las afirmaciones esenciales del gran pensador argentino : El Atlántico no es un mar que separa, sino que une dos pueblos afines por su Historia, por sus sentimientos, por su porvenir. Esta es la tesis substancial de la gran oración de Suárez.

La política constructora del iberoamericanismo — agrega — no tiene sólo como base, según la afirmación del vulgo culto, expresiones

de lirismo y sentimentalismo; que la grandeza de los pueblos y su salvación en el naufragio de la Historia no estriba en su patrimonio espiritual.

Nada de latinoamericanismo. Sólo y a secas iberoamericanismo. La obra en América, tal como va floreciendo moralmente en ideales de justicia y en sentimientos de humanismo es exclusiva a España y de Portugal, que dejaron en aquellas tierras gérmenes perennes, inmortales, de una espiritualidad fraterna, y que tiene una comunidad de esperanzas, fundadas en la fe del mañana. Ya no se dice en nuestro país, como escribió Sarmiento : « Vengo de Europa y de España ». Allí se presiente, con el ímpetu invencible de las instituciones populares, adivinatoras y proféticas, que « mientras existan los Andes, el Amazonas y el Plata, no dejarán de juntarse España y América en las glorias del pasado, los intereses del presente y las esperanzas del porvenir ».

José León Suárez venía de Ginebra, donde acababa de llenar, con la plenitud de fueros que corresponden a su saber y a su autoridad, una elevada función de maestro. Y decía : « La suprema dificultad para que progrese la Sociedad de Naciones está en la falta de afinidades espirituales ». Después discurría pensando, en frases adivinatoras de Rubén Darío, en la unión de los pueblos iberoamericanos, en agrupar en un gran instrumento de acción todos los sentimientos afines, todas las simpatías afectivas, todos los vínculos espirituales de unos y otros pueblos de América y de Iberia.

Sobre las aguas del Atlántico, a estas horas irá un mensaje de simpatía de la Universidad de Buenos Aires, y en él se dice : « Gratitud para esa escuela, gratitud imperecedera al noble artífice José León Suárez, en cuyo espíritu diríase que está encarnado el pensamiento de los profesores salmantinos y vallisoletanos del siglo xvi, que han legado a la posteridad doctrinas a través de las cuales pasa como una ráfaga de humanidad consoladora. »

Esa ráfaga consoladora para el atribulado espíritu de la Humanidad, es el ideal de justicia internacional del iberoamericanismo que se agita en la conciencia de veinte pueblos hermanos.

AUGUSTO BARCIA.

(De *La Libertad*, Madrid, marzo 17 de 1926.)